dotes, más amante del dinero que rico de ternura, y que hará desgraciada á vuestra hija. De ese modo, la pobre inocente, que ha vivido antes en medio de las tristezas de una situación equívoca, vivirá más tarde con el cuidado de una situación aventurada. Y todo eso, porque habéis obrado como unos egoístas y por fanfarronear ante un público imbécil. A eso es á lo que conduce el código del pundonor, del cual nuestro amigo hace tanto caso, y bien sabe el cielo que si yo estuviese casado y en su lugar, no recurriría á sus absurdas prescripciones.

—Tú eres un filósofo—gruñó Pérignon—y además soltero. Si fueses casado, daría yo cualquier cosa por ver la lucha que se entablaba entre tu filosofía y tu cólera de marido ofendido.

—Quizás—dijo melancólicamente Cendrin—desbarrase como los otros; pero prescindiendo de toda preocupación personal y juzgando la cuestión con completa sangre fría, no puedo, honradamente emitir otra opinión que la que acabáis de oir.

Los tres amigos guardaron largo silencio. Pérignon había encendido otro cigarro y lo maceraba entre sus dientes. Cendrin, llevado de su imaginación pensaba en las consecuencias que pudieran sobrevenir y que no osaba formular prematuramente: Herbelin se había tranquilizado durante la animada discusión que por su causa habían sostenido sus dos amigos y parecía dormir. Al cabo de un instante, y como si hubiere querido dar tiempo á que Cendrin y Pérignon hubiesen expresado todas sus ideas sobre el particular, incorporóse en su

asiento, apoyó los codos en los brazos de la butaca y dijo con reposada voz:

—Todo cuanto ha dicho Pérignon, lo he pensado y lo he sentido yo mismo; luego, esa es la verdad incontestable. Todos los consejos que me ha prodigado Cendrin, los había yo puesto en práctica. ¿Son buenos esos consejos? No vacilo en asegurar que sí, fortalecido como me hallo con su convicción. Hace dos horas me dejaba llevar hasta el asesinato como una bestia feroz; más tarde, he pretendido matar como matan los hombres civilizados, y ha sido suficiente la evocación de mi hija para detener mi brazo ya levantado á herir, y para devolverme á la conciencia del deber. Al salir de mi casa, todavía dudaba, y mi cólera tachaba de cobarde á mi razón. En ese desorden de espíritu he venido en busca de mis dos mejores amigos para pedirles consejo; y al entrar en tu casa, Cendrin, te he confesado que todo eran tinieblas en mí y que necesitaba por lo tanto de tus luces. Me las ha dado, y tus palabras han sido la confirmación de mis juicios: tienes razón; en la triste confusión de mi vida y después de la completa ruina de mi dicha y de mis esperanzas, ya no debo pensar más que en mi hija á cuya felicidad tienen que tender todos mis esfuerzos, considerándome recompensado, si lo consigo, aun á costa de los más grandes sacrificios. En adelante, mi voluntad no tendrá otro objetivo. Hace un momento, me ofrecías nombrarme al que tanto ha contribuído á labrar mi desdicha; es inútil, ya no quiero conocerle. ¡Adiós y gracias!

Púsose en pie, tendió la mano á sus amigos, y

sin añadir una sola palabra abrió la puerta del gabine y salió. Pérignon y Cendrin oyeron cerrarse la puerta del hotel y más tarde los pasos de Herbelin que se perdían á lo lejos en el silencio de la noche.

—Dígase lo que se quiera, exclamó con rabia Pérignon, en su lugar, yo hubiera hecho lo posible por abrir una brecha en la hermosa cabeza de Condottier.

—No hace falta que lo haga un hombre honrado, dijo tranquilamente Cendrin, el mejor día un pillete cualquiera se encargará de ello.

IV

En su gabinete de confianza y vestido con elegante traje de mañana, el marqués de Condottier conversaba con el grueso Bowel, preparador de caballos de carrera del barón de Rheinsfeld. Sentado en un pequeño canapé, las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo de tabaco de Oriente, escuchaba el joven con atención las explicaciones que le daba el director de las cuadras. Deslizábase la conversación en un abigarrado lenguage mitad francés, mitad inglés y mezclado con términos especiales, sobre las condiciones de los caballos confiados á su cuidado. Ninguno de los dos parecía hallarse satisfecho, y la conferencia del profesional no convencía al aficionado, pues éste, arrojando el cigarrillo en un ancho cenicero, interrumpió las demostraciones del inglés diciéndole:

—Se está usted burlando de mí, Bowel: no es usted tan tonto como parece, y una de dos, ó no está usted en regla ó se entiende con Hastings para engañar al barón, en cuyo caso será preciso volverle á usted á su querida patria. Allí podrá usted